

# ¿Una izquierda moderna en México?

Emilio Rabasa Gamboa  
Seminario México

LA REVISTA NEWSWEEK, EN SU EDICIÓN de febrero del 2005, publicó un artículo intitulado “¿Listo para la contienda?”<sup>1</sup> en el que afirmaba que: “La izquierda mexicana nunca ha sido muy poderosa. Pero de la mano del jefe del Gobierno del Distrito Federal, Andrés Manuel López Obrador, podría dejar su huella en el país”.<sup>2</sup> No obstante, después de destacar varios de los errores del candidato del PRD y de la Coalición por el Bien de Todos, concluía que: “A fin de cuentas, es posible que México no esté listo para una izquierda moderna”.<sup>3</sup>

Paradójicamente, López Obrador se encontraba a la cabeza en las encuestas (53% al interior del PRD frente a 15.6% de Cuauhtémoc Cárdenas)<sup>4</sup> y contaba con una amplia ventaja respecto de sus probables competidores externos (32.1% AMLO, 24.4% Creel Miranda (con 39.3% frente a 9.7% de Felipe Calderón para la candidatura presidencial del PAN) y 21.4% Madrazo Pintado).<sup>5</sup>

No es el interés de este autor desenterrar la historia reciente de la derrota de la izquierda “mesiánica” de AMLO para proponer una nueva interpretación de la elección del 2006. Me basta y sobra con el análisis realizado por Roger Bartra en el *Fango de la Democracia*<sup>6</sup> en donde encuentra en el “populismo conservador”<sup>7</sup> de AMLO la causa principal, que no única, de la derrota de una izquierda que estuvo muy cerca de obtener la Presidencia de la República. Más me interesa tratar de profundizar en una de las conclusiones de Bartra que ya no miran hacia atrás sino que proyecta en el presente cuando afirma que:

“Estamos perdiendo la posibilidad de contar con una izquierda moderna y racional. Estamos presenciando el trágico proceso

de desmodernización de la izquierda. El motor de esta desmodernidad está sólidamente instalado en la Ciudad de México y no se apagará pronto pues forma parte del poderoso aparato de gobierno urbano”<sup>8</sup>

La razón por la que no es un desvarío preguntarnos hoy en día sobre las posibilidades de una izquierda moderna en México, obedece a la profundidad de la crisis del sistema de mercado en que está sumergido el país y el mundo. Baste por el momento tan solo recordar que en México la cifra de desempleados ya se aproxima a dos millones de personas, cuando que era indispensable crear un millón de empleos al año tan solo para absorber a las mujeres y hombres en edad laboral. Un vistazo al mundo no nos pinta un mejor panorama. En España, con aproximadamente la mitad de la población mexicana, ya se cuentan a cuatro millones de “parados”, y en EUA, el país de la revolución regañeana que defendió a capa y espada la absoluta libertad del mercado, ahora acaba de tomar el 35% del paquete accionario de Citicorp, el mayor banco de esa nación.

No se requiere ser marxista para entender que un cataclismo tan profundo de la estructura económica capitalista, a nivel mundial y su clara repercusión en el espacio nacional, como el que estamos padeciendo, necesariamente conlleva a preguntarse por los cambios que tarde o temprano corresponderán al tipo de estructura política, que ha no solo permitido sino hasta propiciado el desarrollo de un mercado des-regulado, sin contrapesos y control alguno, y ahí podría insertarse precisamente el debate sobre la modernidad de la izquierda mexicana. ¿En qué coordenadas se daría esta posibilidad?.

Si por izquierda moderna (IM) entendemos una propuesta política compuesta de dos ingredientes fundamentales: equidad social y democracia efectiva, es claro que el primero estaría localizado en el eje vertical y el segundo en el horizontal. La curva de la IM se ubicaría equidistante en el punto máximo entre ambos ejes, esto es, el mayor grado de equidad social coincidiría con el mayor grado de democracia. Así de sencillo y de complicado.

Para no remontarnos más allá del sistema político fraguado durante el siglo xx en México, después de la revolución de 1910, ninguno de los dos partidos gobernantes a partir de 1929, el PRI y sus dos antecesores (PNR y PRM) o el PAN a partir de la alternancia en el año 2000, han podido (y dudo mucho que lo hayan querido) integrar la fórmula de una política social capaz de reducir significativamente el grado de inequidad social predominante, conjuntamente con el de una democracia plenamente consolidada. Le han apostado (y ahora ni siquiera eso), a uno u otro de los componentes de la fórmula, pero nunca a los dos simultáneamente. No estaba en su código existencial hacerlo.

El PRI en su etapa de mayor compromiso social logró importantes avances en áreas como salud, educación, indigenismo, infraestructura de comunicaciones, energéticos y distribución agraria para acabar con las grandes concentraciones de tierra en pocas manos, pero todo eso lo logró con un régimen hegemónico-autoritario, nunca con la democracia. Extendió los derechos sociales a costa de los derechos civiles y políticos. Y cuando quiso darle prioridad a éstos con las reformas político-electorales que se sucedieron en sus gobiernos desde los 70s hasta el fin del milenio<sup>9</sup> desatendió aquellos.

El PAN en su etapa fundacional con Manuel Gómez Morín y Efraín González Luna, y durante buena parte de su vida institucional, luchó seriamente por la democracia, pero sin incluir una oferta de equidad social alternativa y de mayor alcance que la del PRI. El “bien común” ha sido el límite que en esta materia le fijó la filosofía neoescolástica enraizada en Tomás de Aquino, Buenaventura, Duns Escoto y Vitoria, los maestros de la doctrina panista, que Héctor González Uribe, uno de sus teóricos más destacados, elaborara bajo el título de “humanismo político”.<sup>10</sup>

En la actualidad ninguno de esos dos partidos ha logrado siquiera preservar su *raison d'être* originaria. El PRI se encuentra sumergido en la famosa “Ley del Hierro de la Oligarquía”<sup>11</sup> según la cual una élite directiva que se considera indispensable, controla la maquinaria partidista haciendo imposible la verdadera democracia interna. Desde

hace tiempo el PRI dejó de ser un medio para el fin de hacer realidad los postulados sociales de la Revolución de 1910, a partir del momento en que los intereses de la élite de ese partido pasaron a ser fines en sí mismos.<sup>12</sup> Eso en buena parte explica el saldo social de 50% de pobres que dejó cuando perdió la presidencia.

Por su parte el PAN, con Vicente Fox como presidente de la República, en lugar de asegurar la consolidación de la democracia gracias a la cual llegó al poder, consintió en las prácticas antidemocráticas de su mandatario, tanto para tratar de aniquilar la candidatura de AMLO con el desafuero, como con su flagrante intervención durante el proceso electoral del 2005-6, hecho que obra en la resolución del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, que dio el triunfo a Felipe Calderón en el año 2006.

Consecuentemente, ni el PRI ni el PAN han logrado alcanzar los postulados originales de su organización, respectivamente la justicia social y la democracia. Por el contrario, sus gestiones gubernamentales hasta el momento han concluido en sendos fracasos respecto de esos objetivos.

¿Acaso podría integrar equidad social y democracia efectiva en una sola fórmula la izquierda mexicana, hasta ahora al parecer genéticamente disfuncional para alcanzar el poder y formar un gobierno distinto del que hemos tenido con el PRI o el PAN? ¿Podría lograrlo el PRD, un partido en riesgo de descomposición después de la fracturación que le dejó el proceso interno para la elección de su liderazgo?, ¿estamos en verdad presenciando el proceso de desmodernización de la izquierda como lo apuntó Roger Bartra?

Por lo pronto la izquierda en general y el PRD en particular, requieren, para modernizarse, de una redefinición de sus métodos y contenidos para empezar por asegurar una unidad ideológica y estratégica de lucha por el poder. En el caso del PRD, necesita comenzar por dismantlar ese dualismo incompatible de partido al margen de la ley (los bloqueos de la vía pública) y partido que acude a la ley para reclamar sus derechos (sus recursos legales ante el Tribunal Electoral). Aquí tiene el PRD una enorme definición pendiente: o está dispuesto a jugar a la democracia bajo las reglas democráticas, como ya lo han demostrado no pocos de sus militantes y simpatizantes, o de plano decide prestar sus oídos al canto de las sirenas de quienes siguen pensando, con la vista y mente puestas en el pasado decimonónico, que la democracia no es otra cosa que el instrumento de la burguesía para preservar su poder y por lo tanto un estorbo para redimir al país de sus males sociales, por lo que es menester acabar con ella, al estilo de Chávez en Venezuela.



De la serie *Personajes con sombrero*, 1994

La preservación de ese dualismo (legalidad-ilegalidad) incompatible por contradictorio, solo dañaría aún más la imagen del PRD, frente a un electorado al que originalmente sedujo su lucha por la democracia, cuando sus corrientes más progresistas se desgajaron de un PRI entercado en preservar su autoritarismo a destono con la globalización democrática que ya desde los 70s era evidente en el mundo. Por más errores estratégico-electoral que haya cometido, nadie puede negarle a Cuauhtémoc Cárdenas ser uno de los arquitectos de la democratización de México.

Concluida su tarea de-constructiva, el PRD necesitará de un liderazgo que lo guíe en la construcción de un nuevo edificio político profundamente democrático. Un partido que reconozca como el habitat económico actual al mercado, pero no para aceptar y acatar su salvajismo, sino para contener y encauzar su torrente, evitando su desbordamiento para inundar a una sociedad socialmente frágil y vergonzosamente inequitativa como la que tenemos.

Esto sería solamente el inicio de una ingeniería socio-económica de más largo trazo, por la que se sustituyera el asistencialismo que ha caracterizado a los gobiernos del PRI y del PAN, por una sólida estructura política y económica en la que cada persona tenga iguales derechos a la libertad más extensa compatible con la libertad similar de otros, y en donde las inequidades sociales y económicas se resuelvan con el mayor beneficio para los menos favorecidos.<sup>13</sup> Una estructura por la que se puedan armonizar efectiva y no solo formalmente (en la norma), los derechos de primera (políticos), segunda (sociales) y tercera generación (comunitarios o colectivos), sin tener que restar algunos para sumar otros.

Si bien en la actual circunstancia nacional e internacional, sería una utopía de la IM pretender construir el

socialismo en México, no es irreal aprovechar la crisis del capitalismo salvaje, no solo para mitigar sus efectos más perniciosos, y menos con las aspirinas que solo calman temporalmente los síntomas del padecimiento social crónico pero sin profundizar en las causas del malestar, sino para empujar en la actual coyuntura que vive el país y el mundo, la cimentación de un Estado democráticamente fuerte. Un Estado cuyo objetivo central sea la instrumentación de políticas públicas tendientes a lograr no el cien por ciento del empleo en la producción de la riqueza, sino el disfrute de la riqueza producida, por el cien por ciento de la sociedad.<sup>14</sup>

¿Es una locura hoy en día pensar en una IM en estos términos?

## COMENTARIOS

HELENA VARELA / *Universidad Iberoamericana*

Hoy, más que nunca, se hace necesario y urgente entrarle a la discusión sobre el papel que juega y debe jugar la izquierda en nuestro país. La crisis del modelo de desarrollo económico ha dejado un vacío en cuanto a las opciones que hay para lidiar con un Estado que en las últimas décadas se fue reconfigurando, y un mercado que no ha sido la solución mágica que algunos esperaban; ante esta crisis, se requieren alternativas que sean capaces de aunar la promoción de la democracia y una mayor equidad social. En esos términos, plantea Emilio Rabasa los retos de la izquierda.

Tal y como el autor también señala, ni el PRI ni el PAN han sido capaces de dar con esa fórmula; es más, ni siquiera promovieron realmente uno solo de los dos componentes de la misma: la clave está en pensar entonces si la izquierda será capaz de ello.

El problema es que las debilidades que se indican con respecto a la izquierda no son particulares de las diferentes fuerzas que conforman este espectro político, sino que más bien parecen responder a un problema estructural, ligado al propio diseño del sistema político, que ha obstaculizado la formación de partidos realmente democráticos y, por el contrario, ha incentivado las prácticas autoritarias del viejo régimen. En esas condiciones, está difícil pensar en una izquierda moderna, pues para ello primero necesitamos un régimen político moderno. Ese es el verdadero reto que tenemos que enfrentar.

GUSTAVO LÓPEZ MONTIEL /  
*Tecnológico de Monterrey, CCM*

La construcción de la izquierda en México tiene varios referentes que es importante mencionar, con el objeto de plantear un posible futuro ya sea de modernidad o no, para la misma. Por un lado, la izquierda ha tenido varios proyectos a lo largo del tiempo, como cualquier otro movimiento de izquierda en el mundo. El referente más importante que unió a diversos grupos fue el electoral, pero en el fondo había una coincidencia profunda en torno a principios que daban sentido a un tipo de nacionalismo, distinto al priísta o al panista, que tomó forma en el PRD. Sin embargo, los temas que configurarían a una izquierda “moderna” no se desarrollaron con la suficiente rapidez o tuvieron que luchar contra otros principios más conservadores dentro de la misma izquierda. En el futuro, dichos temas, prácticas y actitudes que sentarían la base de una izquierda más ágil, renovada y fresca aún no encuentran asidero en el contexto de una sociedad conservadora que la ve con recelo, incluso desde la izquierda misma. Electoralmente no es una apuesta sabia, pero en perspectiva es una mejor estrategia que quedarse en un discurso que frente al PRI y al PAN luce más viejo y distante.

VÍCTOR ALARCÓN OLGUÍN / *UAM-Iztapalapa*

La ponencia de Emilio Rabasa reabre un expediente que no sólo abarca a la propia izquierda, sino en general a todas las agrupaciones políticas. ¿Qué ofrecen y con qué valores se identifican? ¿Hay algo más allá de lo electoral? Antes se decía con mucha naturalidad que la militancia política era justamente la expresión de las preferencias y establecía una identidad que incluso se trasladaba a las siguientes generaciones. Sin embargo, la izquierda mexicana no se ha logrado diferenciar del pasado autoritario, no porque sea izquierda, sino porque el sistema mismo marcó de manera

muy convincente a la clase política que se desarrolló –para bien o para mal– dentro de este esquema. En este sentido, la democratización y modernización de la izquierda pasa precisamente porque ésta salde las deudas con su propio pasado, independientemente de que pueda o no reivindicar un discurso histórico que señale sus diferencias orgánicas con las fuerzas que considera encarnan a los males de la transición, como lo son el neoliberalismo, la globalización anti-nacionalista, la crisis mundial o los complots, por ejemplo. •

#### Notas

<sup>1</sup> Johnson, Scott, “¿Listo para la contienda?”, *Newsweek en Español*, No. 1008, p. 12

<sup>2</sup> Ibidem p.12

<sup>3</sup> Ibidem p.12

<sup>4</sup> Instituto de Mercadotecnia y Opinión (IMNO). Encuesta aplicada el 7 y 8 de febrero del 2005. [http://www.imocorp.com.mx/inicio/Estudios/02-05/02-05\\_r.htm](http://www.imocorp.com.mx/inicio/Estudios/02-05/02-05_r.htm)

<sup>5</sup> Ibidem

<sup>6</sup> Bartra, Roger, “Fango de la Democracia”, publicado en la revista *Letras Libres*, Núm. 93 de septiembre de 2006, pp. 16 a 22.

<sup>7</sup> Término que Bartra define de esta manera: “Lo llamo populismo porque su base es la relación del jefe con “su” pueblo, al margen de las instituciones democráticas de representación, gracias a una estructura de mediación informal por la que fluye un intercambio de apoyos y favores. Es la forma tradicional en la que han operado los caciques, tanto en los ejidos como en los sindicatos, tanto en regiones rurales como en ciudades. Lo llamo conservador porque se propone preservar o restaurar formas de poder e ideas propias de nuestro antiguo régimen, el autoritarismo revolucionario que dominó a México durante siete décadas”. Ibidem, pp. 16 y 17

<sup>8</sup> Ibidem, p. 20

<sup>9</sup> Las reformas electorales promovidas por López Portillo, de la Madrid, Salinas y Zedillo en sus respectivas administraciones.

<sup>10</sup> Gómez Mont, María Teresa - *Manuel Gómez Morín 1915-1939* –Fondo de Cultura Económica (FCE), pp. 800-808.

<sup>11</sup> Véase el tratado de Robert Michels, *Political Parties*, New York, 1959.

<sup>12</sup> Véase el tratado de Mosei Ostrogorski, *Democracy and the organization of political parties*, New York, 1964.

<sup>13</sup> Este es el paradigma contractualista de John Rawls plasmado en su célebre *A Theory of Justice*, Cambridge Massachussets, Harvard University Press, 1971.

<sup>14</sup> Ver el interesante texto de Louis O. Kelso y Mortimer J. Adler, *The Capitalist Manifesto, a revolutionary plan for a CAPITALISTIC distribution of wealth to preserve our free society*, Random House Inc. New York, 1958, p.2

EMILIO RABASA GAMBOA. Doctor en Derecho por la UNAM con maestría en Ciencia Política por la Universidad de Cambridge, Inglaterra, es actualmente profesor-investigador del Tecnológico de Monterrey, campus Ciudad de México. Correo electrónico: erabasa@prodigy.net.mx